





Veo una vara de almendro

Veo una olla que hierve



ANGÉLICA LIDDELL

Veo una vara de almendro

Veo una olla que hierve



**Ediciones La uña RoTa**  
*Colección Libros Inútiles*

*Veo una vara de almendro. Veo una olla que hierve*

© 2021, Angélica Liddell

Primera edición: abril de 2021

Diseño de cubierta y maquetación:  
Arcadio Mardomingo

© 2020, de la presente edición:

Ediciones La uña RoTa, S. L.

Apartado de correos 380

40080 Segovia

Correo electrónico: ediciones@larota.es

www.larota.es

Depósito legal: SG 30-2021

ISBN: 978-84-95291-99-8

IBIC: DCF

Impresión: Villena Artes Gráficas

Impreso en España



«Abrí yo a mi amado, pero mi amado se había ido, había ya pasado. Y tras su hablar salió mi alma. Lo busqué, y no lo hallé. Lo llamé, y no me respondió».

*Cantar de los Cantares*, del Rey Salomón.





SI MI CABEZA SE HICIERA FLORES

*Laudare*



Concédeme contemplar tu aristocracia,  
abasto de amor y provisión de sed,  
vino drogado para cosechar entre cantares.

La recompensa precede a tu llegada,  
imaginarte midiendo la tierra a puñados.



Si inclinaras tu oído hacia mis labios,  
gracias aún, gracias, que aún te amo,  
te diría junto a un resumen de alegrías,  
puesto que mis pies de la caída has arrancado,  
*recuerda mañana tu dulzura*, te diría.



Te clavaré en mi garganta como a una paloma.

No le daré semilla mientras haya sol.

Será al oscurecer, oscuro, cuando ella cante,  
cuando asome su cabeza blanca por mi boca,  
y recoja tus granos de oro como sustento.





Ven, ven siguiendo el berreo de los ternascos.  
Entre la cuerda y los cangilones te espero.  
No hay noria rebosante sino en tus lomos.  
Más te vale que te abrigues bien las espaldas,  
que te abrigues bien las espaldas, mi noviciado.



Convertidos en polvo los fieltros de la alacena,  
otrora entrañas exultantes, otrora,  
las sombras lo aquietan todo menos el vilo.  
Mirad cómo el Adviento atraviesa mis domingos  
sin un ajuar de varas enfloradas.  
Vivirá mi carne, ¿hasta cuándo, Amado mío?



No es tu lecho el lecho donde me acuesto  
para alumbrar el fruto de un recado,  
que me acuesto de socorro en socorro  
en tanto que los recentales vuelan,  
dando por concluidas las horas,  
sin promesas que me sostengan.



Con el primer suspiro de la aurora  
volqué las moras sobre el pañuelo.  
Las miré y las conté innumerables veces.  
Entre el mediodía y el anochecer las miré.  
Cuando ya no las distinguí de la sombra  
empecé a probarlas todas, una por una.





Depositás el grillo entre mis manos,  
y con tu respiración me oreas,  
oreas rubores escondidos,  
poniendo límite al calor de mi alabanza  
en prados que prados besan.



Por si los encajes me deparan un recuerdo,  
también descansaré esta noche de rodillas.

Y que la leña me provea de rescoldos,  
y el silencio eche los cerrojos oportunos  
para gozar, gozar de una intimidad no usada.



Apostrofé al sol pues no se marchaba.  
En higueras me subí para increparle.  
Que tengo los manteles ya extendidos  
para que llenes la vasija de mi cuerpo  
bajo la noche resucitada de Betania.



Desnortada me quedo y sin cercado,  
y sin candelarias para orientarme.  
Auxíliame, Pastor de mi locura.  
Mis pies, oh, mis pies, no bastan  
para bien caminar hasta los tuyos.





Me dispenso de labores, me dispenso,  
antes de sentir entre los labios  
el tibio aletazo de las tórtolas,  
que llegan puntuales al encuentro  
mientras tu majestad arrecia.



He ordenado biselar todos los espejos de la casa,  
para dar trabajo a los hijos de los ángeles,  
no vaya a ser que te cortes las manos, Ministro mío,  
cuando vengas a casa y te mires, y te mires,  
y te mires, y me pongas perdido el suelo de sangre.